

el espejo de don Juan de Lantigua, el gran católico, el gran letrado y escritor, tan piadoso en la teoría como en la práctica, pues no hacía nada contrario al dogma; ni su cristiandad era de fórmula, sino sincera y real; hombre valiente y recto, que no se avergonzaba de cumplir con la Iglesia y de estarse tres horas de rodillas al lado de las beatas. No era como Pez, como toda la caterva moderada, que hace de la religión una escalera para subir á los altos puestos; no era como esos hombres que se enriquecen con los bienes del Clero, y luego predicán el Catolicismo en el Congreso para engañar á los bobos; como esos hombres que llevan á Cristo en los labios y á Luzbel en el corazón, y que creen que dando algunos cuartitos para el Papa ya han cumplido. ¡Farsa, comedia, abominación!

En fin, don Manuel había tomado en aborrecimiento su domicilio, y estaba en él lo menos posible. La tranquilidad no existía para él más que en la oficina, donde no hacía más que fumar y recibir á los amigos, y en casa de alguno de éstos, como Bringas, por ejemplo. ¡Oh, cuánto envidiaba la paz del hogar de don Francisco y aquella dulce armonía entre los caracteres de uno y otro cónyuge! El había sido feliz en sus tiempos; pero ya no. *Et in Arcadia ego*. Era un paria, un desterrado, y pedía por favor que le tuvieran cariño y aun que le miraran, para consolarse de la tormentosa vida que llevaba en su casa.

Contaba Pez estas cosas á Rosalía con gran vehemencia, y ella le oía con interés vivísimo

y con lástima. Charlando, charlando, apenas sentían el correr de las horas; y cuando del hondo patio salía la sombra lenta, mezclada de un fresquecillo húmedo; cuando la luz solar se dilataba en las alturas y empezaban á clave-tear el cielo las pálidas estrellas, don Francisco, dejando los laboriosos pelos, aparecía fro-tándose los ojos, y tomaba parte en la conversación.

XIV

Desde que el primo Agustín emigró á Burdeos, los de Bringas no iban al teatro sino de tarde en tarde, ocupando localidades de amigos enfermos ó de aquéllos que se aburrían de la repetición excesiva de una pieza dramática. No recuerdo si eran los lunes ó los martes cuando Milagros hacía la gracia de *quedarse en casa*. Don Francisco iba á estas reuniones con su mujer; pero últimamente se sentía tan fatigado, que Rosalía tuvo que ir sola con Paquito. En Mayo, la proximidad de los exámenes obligaba al discreto joven á no desamparar sus estudios, y entonces acompañaba á su mamá hasta el portal de la casa de Tellería, volviéndose á la suya y á la fatiga de sus libros. Pez era el encargado de llevar á la señora de Bringas al domicilio conyugal á las doce ó la una de la noche, y por el camino, que desde el primer trozo de la calle de Atocha á Palacio no es

muy largo, rara vez dejaba don Manuel de entonar la jeremiada de sus disturbios domésticos. Cada noche relataba episodios más lastimosos, y conseguía mover borrascas de compasión en el pecho de Rosalía.

Cuando ésta llegaba á su vivienda, ya don Francisco, fatigadas vista y cabeza por haber leído dos ó tres periódicos después del trabajo del cenotafio, se había metido en la cama y dormitaba, tosiendo unos ratos y roncando otros. Después de dar una vuelta por el cuarto de los niños para ver si estaban desabrigados ó si Isabelita tenía pesadilla, Rosalía charlaba un poco con su marido, mientras iba soltando una por una sus galas, sus faldas y aquella máquina del corsé donde su carne, prisionera, reclamaba con muy visibles modos la libertad. Aunque tenía mucho gusto en ir á las tertulias de Milagros, la rutina de adular á su marido inspirábale conceptos algo contrarios á la verdad; pero bien se le pueden perdonar en gracia de los juicios maravillosamente exactos que hacía sobre cosas y personas observadas por ella en los salones de Tellería.

“Hijito, si tú no vuelves, yo no voy más allá. Me fastidia la tertulia de Milagros lo que no puedes figurarte... Aquello no es para mí. ¡Se ven unas cosas...! ¡Por cierto que me reí más...! La pobre Milagros, como tiene tanta confianza conmigo, todo me lo cuenta, y sé sus apuros como si los pasara yo misma. Es una sofocación, y yo no sé cómo esa mujer tiene alma para recibir gente sin poseer medios para nada. Esta noche no ha dado más que cuatro me-

lindres, cuatro porquerías... ¡qué vergüenza! Figúrate lo que saldrán diciendo los gorriones que no van á esas casas más que para que les den de cenar... En mi vida he visto mujer de más pecho. Habían dado las siete y aún no sabía cómo arreglar el *buffet*. Mandó á la confitería... es para morir de risa... y no quisieron fiarle veinte libras de pastas. No sé de dónde sacó aquel jamón en dulce que era todo recortes y sobras, ni aquella cabeza de jabalí que olía á desperdicios... En fin, un asco... Tenía buenos vinos, eso sí... Vete á saber de dónde los ha sacado, y quién es el incauto que se los dió... Estaba la pobre apuradísima; ¡pero cómo lo disimulaba...! No creas, tan campante, sonriendo á todo el mundo; y cuando iba para dentro, se transformaba y parecía un capitán de barco mandando la maniobra en caso de naufragio.

(*Indignándose.*) ¡Ah! ese badulaque, ese zanganote del Marqués tiene la culpa. Está empeñado hasta los ojos, y el día en que los acreedores se echen encima, no tendrá camisa que ponerse. La pobre Milagros es muy buena, es un alma de Dios; pero hay que reconocer que es muy gastadora. Si le ponen mil duros en la mano, se los gasta en un día como si fueran cien reales. Yo le doy consejos, le predico, le trazo un plan, un método; pero ¡quía! es inútil. A veces parece reformada; pero sale, pasa por una tienda, ve cualquier trapo, y *adiós mi dinero*... pierde el seso, le entra la fiebre... Yo le digo, cuando la veo comprar: “Ya se le saltó á usted un tornillo de la cabe-

za... ¡Y si vieras...! Los hijos dan lástima. Esta noche entré en el cuarto de Leopoldito, y te digo que parece un biombo de una zapatería de portal: la pared llena de mamarrachos pegados con obleas, escenas de toros, caricaturas de periódicos... en fin, indecentísimo, y cada cosa por su lado, todo revuelto; mucho olor de potingue de botica, porque el chico es una lacería; noveluchas de á peseta en vez de libros de estudio; látigos y bastones en tal número, que habría para poner tienda de ello; la cama deshecha, porque se había levantado á las seis de la tarde... Por allí andaba cojeando, con las botas rotas, pidiendo de comer y atisbando los dulces y fiambres que traían, para abalanzarse á ellos como un hambriento... Gustavo ya es otra cosa. ¡Qué formalito y qué bien educado! Allí andaba discutiendo con los hombres y echando mucha palabra retumbante... Se me figura un muñeco de Scrópp con su fraquito sietemesino; y cuando habla, lo mismo que cuando anda, parece que le han dado cuerda con una llave... María es la que se está poniendo hermosísima. La Marquesa no la presenta aún para que no la envejezca, y da dolor ver aquella mujercita tan desarrollada ya... no creas, tiene más delantera que su mamá... da dolor verla metida allá dentro jugando con las muñecas, enredando con las criadas ó copian-do temas del francés. Bastante tenía que hacer la pobre esta noche con vigilar al hermanito para que no metiese sus manos sucias en todo, y no sobase los dulces y no lamiera los helados... Yo tomé una yema que apestaba á aceite

de hígado de bacalao, y de fijo anduvieron por allí los dedos de Leopoldito.

(*Indignada otra vez.*) Pero el Marqués... ¡vaya un apunte! Quien le oye y no le conoce, cree que es el hombre más juicioso del mundo. No habla más que del Senado y de las cosas que ha dicho ó va á decir allí. ¡Qué pico de oro! El arreglaría todos los asuntos de España si le dejaran... Pero como no le dejan, eso se pierde el país. Según dice, las comisiones le absorben todo el tiempo... Dictamen acá, dictamen allá... Me ha dicho Milagros que de algunos meses á esta parte se dedica á las criadas, y que no puede entrar en la casa ninguna que no sea un espanto de fea. En fin, que el Marqués, bajo aquella capita de caballero, es una sentina. A mí no me puede ver, porque le suelto cada indirecta.. Es que me da asco, y la pobre Milagros me causa mucha pena. ¡Pobre mujer, pobre mártir! Figúrate que su *mariducho*, como ella dice, la tiene siempre á la cuarta pregunta, y la infeliz pasa la pena negra para salir adelante con el gasto de la casa. Así, no extraño que la pobrecita haya tenido algunas distracciones... No soy yo quien lo dice: lo dicen otros; y aunque lo repito en confianza, no significa esto que lo crea, porque á saber si...»

Don Francisco, dormido ya profundamente, estaba tan distante de todas aquellas miserias que su mujer contaba, como lo está el Cielo de la Tierra.

XV

No versaban todas las confidencias sobre el mismo tema; que la fértil imaginación de Rosalía buscaba instintivamente la variedad en aquellas nocturnas raciones de jarabe de pico con que arrullaba á su buen esposo. Atenta á sostener siempre el papel que representaba y que desde algún tiempo exigía de ella mucho esmero, por apartarse cada día más de la expresión sincera de su carácter, mostrábase disgustada de cosas que en realidad le producían más agrado que pena; *verbi gratia*:

“¡Ay, hijito! yo creí que nuestro amigo Pez no acababa esta noche de contarme sus trapisondas domésticas. De veras, le tengo lástima... ¡Pero qué mareo de hombre y qué organillo de lamentaciones! Carolina no tiene perdón de Dios, y bien podía enmendarse, al menos para evitarnos las jaquecas que nos da su marido...”

Don Francisco se dormía antes que ella. A veces Rosalía estaba desvelada é inquieta hasta muy tarde, envidiando el dulcísimo descanso de aquel bendito, que reposaba sobre su conciencia blanda como un ángel sobre las nubes de la Gloria. La ingeniosa dama no hallaba blanduras semejantes, sino algo duro y con picos que la tenfa en desasosiego toda la noche. Porque su pasión del lujo la había llevado in-

sensiblemente á un terreno erizado de peligros, y tenía que ocultar las adquisiciones que hacía de continuo por los medios más contrarios á la tradición económica de Bringas. Tenía los cajones de la cómoda atestados de pedazos de tela, éstos cortados, aquéllos por cortar. Enorme baúl mundo guardaba, con sospechosa discreción, mil especies de arreos diversos, los unos antiguos, retocados ó nuevos los otros, todo á medio hacer, revelando la súbita interrupción del trabajo por la presencia de testigos importunos. Era preciso ocultar esto á la vigilancia fiscal de don Francisco, que en todo se metía, que interpelaba hasta por un carrete de algodón no presupuesto en su plan de gastos. Rosalía se desvelaba pensando en los embustes que habían de servirle de descargo en caso de sorpresa. ¿Con qué patrañas explicaría el crecimiento grande de la riqueza y variedad de su guardarropa? Porque la mulletilla de los regalos de la Reina estaba ya muy gastada y no podía usarse más tiempo sin peligro.

Un día don Francisco volvió de la oficina antes de lo que acostumbraba, y sorprendió á Rosalía en lo más entretenido de su trabajo, funcionando en el Camón como si éste fuera un taller de modista, y asistida de una costurera que había llevado á casa. Más que taller, parecía el Camón la sucursal de *Sobrino Hermanos*.

“¿Peero, mujer, qué es esto?,”—dijo Thiers abortó como quien ve cosas sobrenaturales ó mágicas y no da crédito á sus ojos.

Había allí como unas veinticuatro varas de *Mozambique*, del de á dos pesetas vara, á cuadros, bonita y vaporosa tela que la Pipaón, en sueños, veía todas las noches sobre sus carnes. La enorme tira de trapo se arrastraba por la habitación, se encaramaba á las sillas, se colgaba de los brazos del sofá y se extendía en el suelo para ser dividida en pedazos por la tijera de la oficiala, que, de rodillas, consultaba con patronos de papel antes de cortar. Tiras y recortes de *glasé*, de las más extrañas secciones geométricas, cortados al *bies*, veíanse sobre el baúl esperando la mano hábil que los combinase con el *Mozambique*. Trozos de brillante raso de colores vivos eran los toques calientes, aún no salidos de la paleta, que el bueno de Bringas vió diseminados por toda la pieza, entre mal enroscadas cintas y fragmentos de encaje. Las dos mujeres no podían andar por allí sin que sus faldas se enredaran en el *Mozambique* y en unas veinte varas de *poplín* azul marino que se había caído de una silla y se entrelazaba con las tiras de *foulard*. De aquel bonito desorden salía ese olor especialísimo de tienda de ropas, que es un resto de los olores del tinte fabril, mezclado con los del papel y la madera de los embalajes. Sobre el sofá, media docena de figurines ostentaban, en mentirosos colores, esas damas imposibles, delgadas como juncos, tiesas como palos, cuyos pies son del tamaño de los dedos de la mano; damas que tienen por boca una oblea encarnada, que parecen vestidas de papel y se miran unas á otras con fisonomía de imbecilidad.

Al verse cogida *in fraganti*, el primer impulso de Rosalía fué recoger todo; pero le faltó tiempo, y el pavor mismo sugirióle una pronta salida, rasgo genial de aquel sutilísimo entendimiento.

“Calla, hombre, por Dios—le dijo, pasándole el brazo por la espalda y sacándole suavemente del Camón para que no se enterase la modista.—Es que... yo creí que te lo había contado anoche. Esos vestidos son de Milagros. Ayer, ¡si vieras! tuvo la pobre una espantosa reyerta con ese caribe del Marqués. Que si él era el que gastaba, que si gastaba más ella, que si tú, que si yo... Por poco hay una tragedia. Yo estaba presente... y te digo que ya estaba pensando en mandar que trajeran árnica... Milagros, que ahora no puede encargarle nada á Eponina porque su marido no le pagaba las cuentas, compró las telas y llevó á su casa una modista para hacerse un par de trajes de verano... ¿Qué cosa más natural? La pobre se arreglaba con veinticuatro varas de *Mozambique*, á dos pesetas vara, y veintidós de *poplín*, á catorce... Ya ves qué economía. Pues nada: entra aquel tagarote, que sin duda venía de perder cientos de duros á una sota, y lo mismo fué ver las telas y la modista, empujando á echar por aquella boca unas herejías... ¡Santo Cristo! Yo me quedé... Nada: todo se le volvía pisotear la tela y dar con el pie á los figurines, diciendo: ¡Brrr...! qué sé yo. Que la pobre Milagros le ha arruinado con sus pingajos. ¿Has visto qué borricadas? Luego se quitó de cuentos, y cogiendo á la pobre modis-

ta por un brazo, la plantó en la calle, sin darle tiempo á que se pusiera la mantilla. ¿Has visto qué pedazo de bárbaro?... Milagros se desmayó. Tuvimos que aplicarle éter y qué sé yo qué más cosas... En fin, por sacarla de este compromiso, he tenido que traerme á casa las telas y la modista para hacer aquí la labor. Ella vendrá luego á dirigirla, porque yo, francamente, entiendo poco de estas cosas tan historiadas y tan recargaditas. Emilia, esa chica, es muy hábil y trabaja por poco dinero... Es una infeliz sin pretensiones; pero le da palmetazo al célebre Worth, no te creas...»

Con estas ingeniosidades, aquel buen cristiano se aplacó; y como al poco rato vino la Marquesa, se encerraron las tres en el Camón y estuvieron picoteando todo el día, cortando, midiendo, probando, deshaciendo y volviendo á probar, lo dicho por Rosalía resultó tan verosímil como la verdad. Preocupábase, á todas éstas, la dama de las insuperables dificultades que sobrevendrían cuando estrenase aquellos vestidos, pues en tal caso, y contra la evidencia, no valdrían los bien trabados enredos que sabía imaginar. Se consolaba con la esperanza de un hecho que sería solución muy fácil y segura. González Bravo había ofrecido á don Francisco un gobierno de provincia. Pez le instaba para que aceptase, seguro de que se luciría, y de que la provincia á quien le cayese un gobernador tan honrado y respetable, habría de saltar de gozo. Pero á él le repugnaba lo espinoso del cargo, y no quería abandonar su tranquilidad y aquel vivir obscuro en que

era tan feliz. Si al fin aceptaba Bringas, se iría solo á su ínsula, y la desconsolada esposa se quedaría en Madrid con libertad de estrenar cuantos vestidos quisiera. Pero siendo lo más probable que el gran economista no aceptase, Rosalía se calentaba los sesos discuriendo la salida de su compromiso, y al fin halló una fórmula que, mucho antes de la ocasión de emplearla, revolvía y ensayaba en su mente.

XVI

“Ya ves, hijito—decía para sí un mes antes de que el hecho fuera real,—lo que ha pasado... No te lo quise decir para que no te disgustaras, porque al fin nuestra amiga es, y en casa se ha hecho este trabajo. Emilia le exigió el pago adelantado... Pura terquedad. ¡De repente, cañonazo!... Sobrino le pasó la cuenta. Ni á una cosa ni á otra pudo atender la pobre Milagros... No tienes idea de las trapisondas... Ya te contaré. En fin, que he tenido que quedarme con los vestidos por menos de la tercera parte de su valor, y me los he arreglado yo misma para no gastar... Es regalado, es una verdadera ganga... Emilia se ha empeñado en ello, y dice que le pague cuando yo quiera... Ya ves...”

Bien preparada estaba la comedia para cuando llegase el caso de representarla. Entre tan-

to, se trabajaba sin descanso en el Camón, con asistencia de Milagros, que cada día llevaba una novedad, ideas muy felices, la inspiración más reciente de su genio fecundísimo; *verbi gratia*:

“Yo no puedo ser muy espléndida este verano. Verá usted cómo me arreglo. En casa de los *Hijos de Retondo* me han dado unas veinticinco varas de *Barèges*, muy arregladito... Me ha dicho la de San Salomó que el *Barèges* se llevará mucho este verano. Francamente, los Mozambiques me apestan ya... Pues sí... arreglaré ese vestido con una sencillez verdaderamente pastoril. Verá usted... tres volantes y adorno de sedas delgadas. El volantito estrecho, guarnecido de encaje, y el *entredós*, bordado, formando hombrera á lo *jockey*... Cinturón color lila, cerrado por delante con una escarapela... ¿Sabe usted que aquel sombrero me parece algo estrepitoso?... Tengo otro en proyecto. Verá usted. Con un casquete que guardo del año pasado y las cintas aquéllas de terciopelo... No me faltan más que un *penacho* y un *marabout* de novedad que le pondré al lado derecho, así...”

A principios de Mayo, Rosalía tuvo que sus- traerse, no sin pena, á aquel delicioso trabajo. El médico había ordenado que Isabelita fuera sacada á paseo todas las mañanas. El tiempo estaba hermosísimo y convidaba á gozar de la apacible amenidad del Retiro. Empezó la dama sus paseos matutinos con Isabelita y el pequeño, y desde el segundo día se les agregó el señor de Pez, que padecía de rebeldes inape-

tencias. Moreno Rubio le había prescrito que madrugara, que se pusiera entre pecho y espalda un vaso grande de agua de la fuente Egipcia ó de la Salud, y que la paseara después por espacio de dos horas antes de la hora del almuerzo.

¡Qué contentos iban los cuatro á lo reservado, cuya entrada se les franqueaba, por ser Rosalía *de la casa*! ¡Y cuánto gozaban los chicos viendo la *Casita del Pobre*, la del Contrabandista y la Persa, echando migas á los patitos de la Casa del Pescador, subiendo á la carrera por las espirales de la *Montaña* artificial, que es, en verdad, el colmo del artificio! Todos aquellos regios caprichos, así como la Casa de Fieras, declaran la época de Fernando VII, que si en política fué brutalidad, en artes fué tontería pura.

Rosalía y don Manuel, influídos favorablemente por la gala de la vegetación, la frescura del aire y el picor del sol de Mayo, se reverdecían, y á ratos casi eran tan chiquillos como los chiquillos, es decir, que charlaban atolondradamente, y su andar no era siempre todo lo mesurado que corresponde á personas graves, pues ya lo precipitaban, ya lo contenían más de la cuenta, mientras los niños jugaban al escondite entre las espesas matas. El vaso de agua, obrando prodigiosamente sobre la mucosa y todo el aparato digestivo del buen funcionario, producía efectos maravillosos. Activadas sus funciones vitales, recobraba su alegría y verbosidad ampulosa; los instintos galantes no se quedaban atrás en aquella resu-

recección matutina. Parece mentira que un vaso de agua produzca tales efectos. ¡Cuántas veces tenemos en la mano, sin percatarnos de ello, el remedio de inveterados males!... La fácil palabra de Pez, saltando de un concepto á otro, llegó al capítulo de las lisonjas, que en aquel caso eran muy fundadas, y allí fué el ponderar la frescura y gracia de la dama. ¡Qué bien le sentaba todo lo que se ponía, y qué majestad en su porte! Pocas personas poseían como ella el arte de vestirse y el secreto de hacer elegante cuanto usara... Estas bocanadas de incienso ahogaban á Rosalía, quiero decir, que el depósito de la vanidad (cierta vejiga que los fatuos tienen en el pecho) se le inflaba extraordinariamente y apenas le permitía respirar. También á ella le cosquilleaba en el interior el deseo de hacer algunas confidencias; pero el respeto de su marido le ponía un freno. Por fin, tanto extremó Pez los panegíricos de ella, que la indiscreción se sobrepuso á la prudencia. Les ví varias veces cuando regresaban, ella cargada con un ramo de lilas, el velo un poco echado atrás, cual si sacrificara la compostura á la libertad de la vida campestre, el rostro algo encendido por la agitación del paseo y la vehemencia del discurso; él cargado con otro ramo suplementario, hecho un pollastro, con diez años quitados por ensalmo de encima de su cuerpo; los niños, revoloteando, ora delante, ora detrás, ensuciándose de tierra y azotándose con varitas, sacudiendo los árboles tiernos y saltando las acequias salidas de madre. Rosalía hablaba; ¿pero quién, sino el mismo Pez,

podría recoger sus palabras, impregnadas de un cierto desconsuelo y melancolía dulce?

La pobrecita no podía lucir nada, porque su marido... Ante todo, no se cansaría de repetir que era un ángel, un sér de perfección... Pero esto no quitaba que fuera muy tacaño y que la tuviese sujeta á un mal traer, deslucida y olvidada. Y no era ciertamente porque careciese de medios, pues Bringas tenía sus ahorros, reunidos cuarto á cuarto. ¿Y para qué? Para maldita la cosa, por el simple gusto de juntar monedas en un cajoncillo y contarlas y remirlas de vez en cuando... Sin duda aquel hombre... que era muy bueno, eso sí, esposo sin pero y padre excelente... no sabía colocar á su mujer en el rango que por su posición correspondía á entrambos. Porque ella tenía que alternar con las personas de más viso, con títulos y con la misma Reina; y Bringas, no viendo las cosas más que con ojos de miseria, se empeñaba en reducirla al vestidito de merino y á cuatro harapos anticuados y feos. ¡Oh! lo que ella sufría, lo que penaba para adecentarse, era cosa increíble. ¡Sólo Dios y ella lo sabían!... Porque su marido llevaba cuenta y razón de todo, y hasta el perejil que se gastaba en la cocina se traducía en guarismos en su libro de apuntes... La pobre esposa, atenta á la dignidad de su posición social, era un puro Newton, por las matemáticas que tenía que revolver en su caletre para procurarse algún sobrante del gasto de la casa y estirar las mezquinas cantidades que Bringas le daba para vestirse. La cuitada se pelaba los dedos cosien-

do y arreglándose sus vestidos; y la minuciosidad de él en la cuenta y razón era tan extremada, que se veía y se deseaba para poder filtrar un día tres reales, otro dos y medio; y á veces nada podía hacer. La continuidad de estas molestias constituía una vida de martirio, y no es que quisiese tener lujo, no; mas juzgaba que su decoro y el contacto con altas personas le imponían deberes ineludibles; creía que ella y los niños no debían hacer mal papel en las casas á donde iban, ni le gustaba que las amigas la mirasen de reojo y cuchichearan entre sí, observando en ella una falda de taracea ó una prenda cursi y anticuada... No obstante, quería entrañablemente á su marido, porque fuera de aquello de las miserias, era un hombre completo, un sér de elección, bueno y cariñoso, honrado como pocos ó como ninguno, hombre que jamás había tenido trapicheos ni tratado con mujerzuelas, ni puesto un duro á una carta, y, por fin, de genio tan pacífico, que como no le tocaran á sus presupuestos, se hacía de él lo que se quería... Considerando esto, la infeliz llevaba con paciencia lo otro, es decir, los apurillos para vestirse, y se manejaba como podía para no desmerecer de su elevada clase... De donde resultaba que ambos, el señor de Pez y la señora de Bringas, tenían respectivamente sus motivos de disentiimiento conyugal, él por causa de las furibundas santidades de su esposa, ella por las sordideces de su marido; lo cual prueba que nadie encuentra completa dicha en este mísero mundo, y que es rarísimo hallar dos caracteres en com-

pleto acomodo y compenetración dentro de la jaula del matrimonio, pues el diablo ó la sociedad ó Dios mismo desconciertan y cambian las parejas para que todos rabien, y todos, cada cual en su jaula, hagan méritos para la gloria eterna.

XVII

Cuando la conversación recayó en estas filosofías, iban saliendo por la puerta de la Glorietta. Ya estaban descuajadas las famosas alamedas de castaños de Indias, quitada la verja y puestos á la venta los terrenos, operación que se llamó *rasgo*. Esta palabra fué muy funesta para la Monarquía, árbol á quien no le valió ser más antiguo que los castaños, porque también me le descuajaron é hicieron leña de él.

Al pasar del Retiro á las calles, los paseantes recobraban su compostura. Iban delante los niños dándose las manos. Los mayores, á la vista de la población regular, cesaban en aquellas confianzas que parecían fruto sabroso de la amenidad campesina. Era como pasar de un país libre á otro donde todo es correcto y reglamentario. En su casa, cuando trabajaba en el Camón sola ó con Emilia, la Bringas solía rumiar las expansiones de la mañana, añadiéndoles conceptillos que no se atrevían á traspasar las fronteras del pensamiento. Sin desatender los trapos, la soñadora

dama se iba por esos mundos, ejercitando el derecho de revisión y rectificación de las cosas sociales, concedido en el reino de la mente á todos los que se creen fuera de su lugar ó mal apareados.

“Ese Pez sí que es un hombre. Al lado suyo sí que podría lucir cualquier mujer de entendimiento, de buena presencia, de aristocrático porte. Pero como todo anda trocado, le tocó esa mula rezona de Carolina... ¡Todo al revés! ¿Qué mujer de mérito no se empequeñece y anula al lado de este poquita-cosa de Bringas, que no ve más que menudencias, y es incapaz de hacer una brillante carrera y de calzarse una posición ilustre?... Ya, ¿qué se puede esperar de un hombre que, cuando le ofrecen un gobierno, en vez de saltar de gozo, se pone á dar suspiros y decir: “más que el bastón me gustan mis herramientas?...”, ¡Oh, Pez, aquél sí que es hombre! Ya sé yo qué mujer le correspondería si las cosas del mundo estuvieran al derecho y cada persona en su sitio. Para tal hombre, una mujer de principios, de mucha labia, señora de finísimos modales, y que supiera honrar á su marido honrándose á sí propia; que supiera darle lucimiento luciéndose ella misma; una dama que se creciera cada día haciéndole crecer, porque el secreto de las brillantes carreras de algunos hombres está en el talento de sus mujeres. Paquito decía ayer que Napoleón no hubiera sido nada sin Josefina. Si en vez de esa beata viviera al lado de Pez una dama que reuniera en sus salones lo más selecto de la política, ya Pez sería ministro... De ve-

ras... ¡si yo tuviera á mi lado un sujeto semejante...! Pero vaya usted á hacer ministro á Bringas, un hombre que se pone de mal humor cuando hay que dar agua con azucarillo á cualquiera que viene á casa; un hombre que quiere que me vista de hábito y lleve á los niños con alpargatas. ¡Ah! roñoso, menguado, nunca serás nada... ¡Oh, Pez! si tuvieras por esposa á la mujer que te corresponde, ¿cómo habías de consentir que saliera á la calle hecha un adefesio para ponerte en ridículo?... Aprende tú, bobo, de quien con cincuenta mil reales de sueldo vive con la apariencia de doce mil duros de renta y paga veinticuatro mil reales de casa. Y no es que tenga deudas; es que sabe agenciarse y saca partido de su posición. Esto no lo sabrá nunca un poca-cosa, un pisa-hormigas que me está predicando tres horas por que puse ó no puse siete garbanzos más en el cocido; esto no lo entiende quien no ve más allá de su sueldo mezquino, y está temblando de que le den una cruz por no comprar las insignias; quien no quiere ser gobernador de una provincia; quien se opone á que el aguador me suba dos cubas más de agua, porque, según él, con mojarse el palmito ya basta; quien sostiene que no necesito más que diez y ocho varas de tela para un vestido, y me recomienda que adorne los sombreros de los niños con cinta damascada de la que usan los licenciados del ejército para colgarse el canuto; quien sostiene que el pelo de cabra es más bonito que el gro, y llama cargazón á las capotas sólo porque no son baratas; quien no me deja arre-

glar la bata con cintas otomanas, y se atrevió á proponerme que utilizara las cintas amarillas de los mazos de cigarros del primo Agustín....”

Algunas tardes, cuando Pez y Rosalía no podían salir á la terraza á causa del mal tiempo, los tres tertuliaban en Gasparini. Tenían que oír los elogios que don Manuel hacía de la estupenda obra de su amigo. De pie junto á él, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, mascándose el bigote, dejaba caer miradas de crítico sobre el maravilloso cristal, tan poblado de pelos como humana cabeza, en algunas partes cabelludo, en otras claro, en todas como recién afeitado, gomoso, pegajoso, con brillo semejante al de las perfumadas pringues de tocador.

“Es una maravilla... ¡Qué manos! ¡qué paciencia! Esta obra debiera ir á un Museo..”

Y para sí, mascando más fuerte y metiendo más la mano en el bolsillo:

“Vaya una mamarrachada... Es como salida de esa cabeza de corcho. Sólo tú, grandísimo tonto, haces tales esperpentos, y sólo á mi mujer le gustan... Sois el uno para el otro..”

Retiróse aquel día del trabajo don Francisco más fatigado que nunca. Veía los objetos dobles y tenía la cabeza tan mareada como si estuviese á bordo de un buque. Pero él confiaba en que tal desazón sería pasajera, y se felicitaba del adelanto y bonito efecto de la obra. El ángel estaba completamente modelado ya con aquellos increíbles puntos de pelo. El sauce protegía con sus llorosas ramas la tumba, y

era lástima que no hubiese cabellos verdes, pues si tal existiera la ilusión sería completa. Al fondo nada le faltaba ya: era un modelo de perspectiva melancólica, hasta tal punto, que sólo quien tuviese corazón de peña podía verlo sin sentir gana de hacer pucheros. Faltaban aún las flores del piso y todo el primer término, donde Bringas discurrió á última hora poner unas columnas rotas y caídas, así como de templo en ruínas, con lo cual la idea de la desolación era representada del modo más perfecto.

A principios de Junio vimos parte de este trabajo concluido; pero aún restaban varias co-sillas, girasoles chiquitos, pensamientos grandes, amén de unas cuantas mariposas sentimentales, de negras alas, posadas aquí y allí, libando el dulce *macassar* en los cálices de aquella flora piliforme. Por los mismos días ocurrieron sucesos á los cuales el digno artista era completamente extraño; mas por este motivo mismo no deben ser aquí olvidados. Y fué que cuando se aproximaba el día señalado para devolver á Torres su dinero, estaba Rosalía tan cabizbaja, que se podría creer, viéndola, que le habían robado algo ó inferido alguna descomunal ofensa. Cálculos y más cálculos hizo, desbaratándose el seso, sin llegar á la solución del temido problema, y los números negábanse á complacerla, dándole la cifra que necesitaba... ¡Qué idea! ¿Acudiría al señor de Pez? ¡Oh! si llamara á esta puerta, seguramente sería oída; pero no se atrevía. Además, don Manuel se marchaba á la sazón para los baños

de Archena (pues sin un par de carenas anuales era hombre perdido), y no volvería hasta el 20. El 12 se presentó Torres con sus ojos de huevos duros impregnados de una dulzura atónita. Era la imagen de la amabilidad, en el supuesto de que le están dando garrote. Su sonreír empalagoso hizo á Rosalía el efecto de un fluido miasmático que se filtraba en ella y la ponía enferma. ¡Y cuán impertinente su nariz chica, y cuán cargante la maña de resobarse la barba, como si quisiera extraer de ella alguna substancia! Aquel hombre guapín, que siempre fué á Rosalía indiferente, parecióle entonces un bonito verdugo que se le presentaba con la cuerda y la hopa.

XVIII

¡Y que no venía poco apremiante el tal!... ¡Vaya un apunte! Para el día 14 sin falta necesitaba *eso*. Pero sin que pudiera retrasarse ni un día ni una hora, porque su honor estaba comprometido en casa de Mompous; y en caso de que Rosalía no pudiera cumplir, se vería precisado á pedir el dinero á don Francisco.

“Por Dios... no diga usted tal disparate. ¡Jesús!... Usted se ha vuelto loco,„ tartamudeó la de Bringas con temblor y sobresalto.

Volvió á echar sus cuentas por centésima vez. Ni aun vendiendo cosas que no deseaba

vender, podría reunir la suma. La prendera le había traído algunas cantidades; pero parte de ellas las había gastado mi buena señora en comprar cuatro fruslerías para componer á sus niños. Si Milagros le hubiera devuelto aquellos seiscientos reales que le anticipó para pagar al joyero... Pues sí, era preciso que se los devolviera. Se los pediría terminantemente. Si por arte del Demonio, ó más bien por milagro de Su Divina Majestad, tuviera Cándida algún dinero... Cándida le debía cinco duros que Rosalía le prestó para dar la vuelta de un billete de cien escudós. También aquellos extraviados reales debían volver al redil. Haciendo propósitos de energía, fué á ver á la Marquesa. ¡Casualidad funesta! La Marquesa estaba en una función religiosa que costeaba con otras señoras. Era una Novena dedicada á no sé qué santo titular, con Manifiesto, Estación, Rosario, Sermón, Novena, Gozos del Santo, *Santo Dios* y Reserva. Acudió allá Rosalía, deseosa de ver á su amiga aquella misma tarde. La calle estaba llena de coches elegantes. En la iglesia, hecha un ascua de oro, con cortinas de terciopelo del barato, cenefas de papel dorado, candilejas mil, enormes ramilletes de trapo y unos pabellones que parecían de teatro de tercer orden, había tal concurrencia, que era muy difícil penetrar en ella. Rosalía logró abrirse camino por entre el elegante gentío; pero no pudo llegar hasta donde estaba la Marquesa, que se había encaramado en el presbiterio, cerca de los curas. Pasó tiempo, mucho tiempo, durante el cual Rosalía oyó medio sermón pa-